

Emilio Martínez Albesa

ΑΩ Las bienaventuranzas en la obra de san Juan de la Cruz

Bienaventurados los enamorados...

San Juan de la Cruz (1542-1591)¹ nos sorprende afirmando que decir *bienaventurados* «es tanto como decir enamorados»². Hemos escuchado repetidamente que *bienaventurado* significa dichoso, afortunado, feliz; y sabemos que, en la tradición cristiana, los *bienaventurados* en sentido estricto son los santos del cielo porque la *bienaventuranza* se identifica con la vida eterna. Así es también en la obra de este místico castellano³; pero él precisa que, como tal vida «no se da por menos que amor»⁴, solo la alcanza quien está en-amorado. Los santos son, por tanto, enamorados. Él hace sinónimos de *bienaventurado* y *enamorado*. No cabe duda de que aquí se coloca en la estela de otro san Juan, el evangelista, para quien Dios es amor y el cristianismo también (cf. *1Jn* 4, 7-11).

Ahora bien, con esto, nuestro místico no solo señala al amor como a lo decisivo para la salvación eterna —la materia de la que seremos examinados después de la muerte⁵—; sino que hace de él el hilo conductor de las

¹ Citaremos de las obras de san Juan de la Cruz siguiendo la edición de Eulogio Pacho: SAN JUAN DE LA CRUZ, *Obras completas*, Monte Carmelo, Burgos 2010⁹.

Siglas:

1S = *Subida del Monte Carmelo*, Libro I1^o

2S = *Subida del Monte Carmelo*, Libro II2^o

3S = *Subida del Monte Carmelo*, Libro III3^o

1N = *Noche oscura*, Libro I1^o

2N = *Noche oscura*, Libro II2^o

CB = *Cántico espiritual*, segunda redacción

LIB = *Llama de amor viva*, segunda redacción

² 2N 12,1; cf. 2N 5,1.

³ Cf. CB 14-15,26 y LIB 1,1, por ejemplo.

⁴ 2N 12,1.

⁵ Cf. SAN JUAN DE LA CRUZ, *Dichos de luz y amor*, 60.

bienaventuranzas del evangelio de san Mateo, mostrando la santidad como meta alcanzable en esta tierra a través del amor. El amor hace que la frontera entre lo eterno y lo temporal se difumine y que, con ello, la bienaventuranza escatológica se haga ya presente aquí, mediante la experiencia de fe, en el matrimonio espiritual, que es unión de amor⁶. «Este beso» o «abrazo» que une en matrimonio a Dios y al alma santa en esta tierra «es la unión [...] en la que se iguala el alma con Dios por amor» y pasa a vivir «vida tal feliz y gloriosa, como es vida de Dios», hallando paz y suavidad⁷. El «estado de unión con Dios» es entonces la «nueva y bienaventurada vida» de quien está despojado del hombre viejo⁸ y puede decir que, entregado al amor, ya no vive él, sino Cristo en él⁹. De aquí, que «todo el deseo y fin del alma y de Dios en todas las obras de ella es la consumación y perfección de este estado» unitivo¹⁰. A esta luz, tiene pleno sentido que la muerte del bienaventurado sea siempre muerte de amor, independientemente de la modalidad natural que adquiera¹¹. Si bien en el siglo XVI, gracias a la enseñanza de santo Tomás de Aquino de trescientos años atrás, se aceptaba de sobra que los premios de las bienaventuranzas pudieran comenzar a gozarse en la vida terrena por reverberación o «cierta incoación imperfecta de la bienaventuranza futura»¹², la declaración y el énfasis en el rol que el amor juega en esto me parece original de san Juan de la Cruz.

El Dios que se desposa con el alma es el Hijo, es Jesucristo, único camino al Padre¹³. La bienaventuranza es siempre recepción del *toque* delicado de Jesús, que iguala a sí y transforma en él a quienes se enajenan al mundo¹⁴;

⁶ Cf. CB 25,1 y 2S 3,5.

⁷ CB 24,5.

⁸ 2N 9,4.

⁹ Cf. CB 12,7 y 22,6.

¹⁰ CB 22,6.

¹¹ Cf. LIB 1,30.

¹² TOMÁS DE AQUINO, *Summa Theologiae*, Parte I-II, BAC, Madrid 1989², 526-527. Recientemente, se ha insistido en esto: J. RATZINGER-BENEDICTO XVI, *Jesús de Nazaret*, La Esfera de los Libros, Madrid 2007, 99: «Son promesas escatológicas [las bienaventuranzas], pero no debe entenderse como si el júbilo que anuncian deba trasladarse a un futuro infinitamente lejano o sólo al más allá. Cuando el hombre empieza a mirar y a vivir a través de Dios, cuando camina con Jesús, entonces vive con nuevos criterios y, por tanto, ya ahora algo del *éschaton*, de lo que está por venir, está presente. Con Jesús, entra alegría en la tribulación».

¹³ Cf. S. CASTRO, *Hacia Dios con San Juan de la Cruz*, Editorial de Espiritualidad, Madrid 2013⁴, 13-15 y 98-99.

¹⁴ Cf. LIB 2,17-18; 1S 4,5-7; 1S 5,6, y CB 28,10 («Amado mío, todo lo áspero y trabajoso quiero por ti y todo lo suave y sabroso quiero para ti»).

experiencia colmada de que «si un gozo niegas, ciento tanto te dará el Señor en esta vida temporal y espiritualmente»¹⁵. «Bienaventurado el que, dejando aparte su gusto e inclinación, mira las cosas en razón y justicia para hacerlas», porque ha entrado por el camino de Cristo¹⁶. Para nuestro autor, el Verbo encarnado es el agente de las bienaventuranzas no solo porque ellas describen un camino de seguimiento e imitación suya, siendo él por tanto el modelo de vivencia de ellas¹⁷; sino también porque las *dice* (las proclama, las promete; bendice) y las *pone* (las hace, las realiza; concede el premio) en su calidad de «Hijo de Dios» «Salvador»¹⁸. «¡Dichosa el alma a quien Dios las hablare!»¹⁹. Además, el mensaje y el premio de las bienaventuranzas es siempre Cristo mismo: «hermano, compañero y maestro, precio y premio»²⁰. La bienaventuranza es posesión de Dios en Cristo, visión de Dios, visión sabrosa, que hace a los enamorados-bienaventurados entender «los misterios eternos de su Encarnación, que no es la menor parte de su bienaventuranza» incluso en el cielo²¹.

Analicemos lo que San Juan de la Cruz escribe a cerca de las bienaventuranzas de *Mt* 5, pues no puede dejar de ser instructivo, rico y significativo. Advirtamos de entrada, sin embargo, que en la obra sanjuanista encontramos solo dos citas y una referencia de *Mt* 5,3, una cita de *Mt* 5,6 y dos citas de *Mt* 5,8. En conjunto, no es mucho²². Otros pasajes evangélicos son, en

¹⁵ 3S 26,5 (cf. *Mt* 19,29), y cf. LIB 2,23.

¹⁶ *Dichos de luz y amor* 45.

¹⁷ Así puede deducirse de 2S 7,4-12; 2S 22,5-6, y los *Romances «in principio erat Verbum»*.

¹⁸ 3S 29,3; LIB 3,46, y 2N 12,1.

¹⁹ 2S 31,2. Bien podemos aplicar esta exclamación de dicha a las bienaventuranzas que Jesús dice y hace, aunque san Juan de la Cruz la aplica a las palabras de las locuciones sustanciales.

²⁰ 2S 22,5.

²¹ CB 37,1. Cf. *Jn* 17,3. En la explicación de esta estrofa en *Cántico B* se haya una clara «orientación a la visión beatífica»: E. PACHO, *Cántico Espiritual de San Juan de la Cruz. Último comentario*, Fonte, Burgos 2018, 174. Pero perfectamente puede interpretarse en la poesía como experiencia de conocimiento progresivo que inicia en esta tierra, como vemos en S. CASTRO, *Hacia Dios con San Juan de la Cruz*, 25-26.

²² Una razón de que san Juan de la Cruz no recurra más a las bienaventuranzas podría estar en sus diferencias con SANTO TOMÁS DE AQUINO, *Summa Theologiae*, Parte I-II, cuestiones 68 a 70. Mientras que el Aquinate las considera como actos y no como virtudes o hábitos, san Juan de la Cruz las interpreta más bien como virtudes o actitudes virtuosas en un proceso de santificación. Este atiende más a los hábitos que a los actos; quizá porque entiende que la unión del alma con Dios en este mundo es total y permanente en la sustancia del alma y sus potencias en cuanto hábito y transeúnte en estas en cuanto a acto (cf. 2S 5,1-2); si bien no menoscaba el valor de los actos, los cuales son decisivos en la orientación moral y espiritual de la persona, y reconoce como bienes

efecto, más recurrentes en ella. De hecho, hasta el presente, las bienaventuranzas no parecen haber despertado interés entre los estudiosos del místico fontiverense. A pesar de esto, podemos reconocer una presencia tácita del mensaje de las bienaventuranzas en el corazón mismo de todo el dinamismo espiritual sanjuanista, siendo de ello un eco aquella «dichosa ventura» de la *Noche oscura*, tal y como veremos.

Bienaventurados los pobres de espíritu. La purgación activa del espíritu

La virtud de la pobreza de espíritu como fruto de la purgación

[El alma,] apagando el gozo vano en estas obras [moralmente buenas], se hace pobre de espíritu, que es una de las bienaventuranzas que dice el Hijo de Dios (*Mt 5,3*), diciendo: *Bienaventurados los pobres de espíritu, porque suyo es el reino de los cielos*²³.

Este texto se encuentra en *Subida del Monte Carmelo*, el tratado dedicado a lo que el cristiano ha de hacer activamente de su parte con la ayuda de la gracia para disponerse a recibir la acción purificadora de Dios que le permita alcanzar la unión con Él en igualdad de amor, y que no es otra cosa que procurar desnudar y liberar su espíritu de toda afección a las criaturas temporales y espirituales. Está en el tercer libro del tratado, que versa sobre la purgación activa del espíritu; concretamente, dentro de la parte dedicada a la purificación activa de la voluntad con vistas al perfeccionamiento de la caridad, y, más específicamente, en un capítulo sobre la negación del gozo de la voluntad en los bienes morales, que son las virtudes y las buenas acciones.

Presenta la bienaventuranza de *Mt 5,3* como el tercero de los cinco provechos de esta negación, los cuales son: librarse de engaños del demonio; perfección de las obras; pobreza de espíritu; mansedumbre, humildad y prudencia en el obrar, y estima de Dios y de los demás, librándose de vicios. En esta lista, el primer provecho es meramente negativo (evitar un

morales las virtudes y los actos (cf. 3S 27,1). Además, difiere de la descripción que hace santo Tomás de los contenidos de las singulares bienaventuranzas. Es posible que, ante el prestigio teológico del dominico, el carmelita haya preferido evitar suscitar polémicas inútiles a sus fines; ciertamente se muestra despreocupado de la discusión acerca de la colocación teológica de las bienaventuranzas en el cuadro de virtudes y dones.

²³ 3S 29,3.

mal); el segundo es positivo instrumental; el tercero es positivo virtuoso; el cuarto es también positivo virtuoso, traduciendo el anterior en la relación interpersonal, y el quinto es positivo y negativo a un tiempo, como fruto consecuente. El tercero parece así ser el central y principal, pues, viene preparado de alguna manera por los dos primeros y prolongado fructuosamente en los dos siguientes, como de él derivados, y se presenta como un provecho positivo en sí mismo sin necesidad de más consideraciones que su expresa identificación con el contenido de la bienaventuranza.

San Juan de la Cruz interpreta aquí la pobreza de espíritu como un fruto virtuoso que se recibe en el espíritu por la práctica habitual de la negación de la vana autocomplacencia en las obras buenas realizadas y virtudes alcanzadas. Se trata pues de una virtud consolidada por ejercicio de actos («se hace» pobre), es decir, de un estado virtuoso, que es expresión del estado del alma perfecta que alcanza la santidad o bienaventuranza, ahora en la esperanza y mañana en la vida eterna. Precisamente, la promesa para este estado virtuoso de la pobreza es el mismísimo reino de los cielos: Dios mismo gozado. Ello nos permite ya intuir una dependencia entre todas las demás bienaventuranzas y esta de la pobreza de espíritu. Además, el autor nos recuerda que tal fruto virtuoso es una de las varias bienaventuranzas *dichas* por el Hijo de Dios, por quien es la Palabra única y eficaz del Padre, que dice y realiza lo dicho, recordándonos la raíz y sentido cristológico que tienen. La materia sobre la que aquí se niega el gozo o complacencia, es decir, sobre la que se practica el desapego interior, no son todas las criaturas, sino específicamente las propias obras buenas y virtudes; por lo que el santo entiende el ser «pobre de espíritu» de una forma restringida como pobreza o desapego de los bienes morales —todo más, espirituales (como veremos que amplía en otro texto)—, como pobreza de lo propio del espíritu, excluyendo de este concepto el desapego de los bienes temporales, naturales y sensuales porque no llegaría a ser pobreza del *espíritu*, sino solo del *sentido*²⁴. El que *el espíritu se haga pobre* indica aquí que el espíritu ya no encuentra embarazo en los bienes específicamente morales. Sin embargo, atendiendo al pensamiento del autor de que la perfección del espíritu completa la del sentido, hemos de entender que se está presuponiendo el desapego de los bienes temporales, naturales y sensuales, previamente desarrollado en el mismo tratado, y que la pobreza del espíritu viene a perfec-

²⁴ Cf. 3S 13,1.

cionar la desnudez de los afectos también hacia estos bienes. Tal pobreza de espíritu respecto a los bienes morales no excluye además la pobreza relativa a los bienes sobrenaturales y otros más también espirituales, de la que se tratará a continuación en la obra, si bien ella requerirá alguna puntualización acerca del modo de negar el afecto hacia algunos de esos bienes.

La pobreza del espíritu es aquí específicamente, para nuestro santo, desapego de la propia bondad moral, por tanto, humildad profunda. Es corona de la virtud de la pobreza evangélica, en cuanto que presupone la pobreza virtuosa respecto de los bienes de los sentidos y en cuanto que es más fina y elevada que esta, al alcanzar los bienes morales. Esta pobreza, conservándose en el horizonte de lo *activo*, o sea, de lo alcanzado con el propio esfuerzo auxiliado por la gracia (ascesis), requerirá todavía de ulterior perfeccionamiento en la noche oscura *pasiva* del espíritu, en la que será Dios quien actúe de forma infusa en el alma (mística).

El premio temporal de la pobreza de espíritu

Y ésta es la propiedad del espíritu purgado y aniquilado acerca de todas particulares afecciones e inteligencias, que, en este no gustar nada ni entender nada en particular, morando en su vacío y tiniebla, lo abraza todo con grande disposición, para que se verifique en él lo de san Pablo (2Cor 6,10); *Nihil habentes, et omnia possidentes*. Porque tal bienaventuranza se debe a la tal pobreza de espíritu²⁵.

Este texto contiene al final una referencia a la bienaventuranza de Mt 5,3, aludiendo a ella sin citar el pasaje evangélico. El párrafo cierra el capítulo de *Noche oscura* donde se relata la pena del alma en la noche pasiva del espíritu por sentir que no puede orar. En esta purgación, el alma tiene vacía su memoria de noticias, su entendimiento de lumbre y su voluntad de afecciones particulares, quedando sin entender ni gustar cosa alguna en particular. Pero gracias a la luz de la misma sabiduría divina que la embiste con tales efectos penosos, esa alma purgada de particulares abrazará con generalidad y facilidad todas las cosas. Y es que en Dios se tiene todo.

No nos extrañará encontrar esta referencia a la pobreza de espíritu en *Noche*, obra que trata de la noche pasiva, si advertimos que el autor se refiriere

²⁵ 2N 8,5.

aquí al fruto de esta virtud ya perfeccionada y no a la ascesis por adquirirla, sobre la que ha tratado anteriormente en *Subida*.

San Juan de la Cruz remite a san Pablo en lugar de a san Mateo para apoyar en este texto la bienaventuranza de la pobreza de espíritu, que, no obstante, no deja de referirla con términos mateanos. La inspiración en *Mt* 5,3 es pues evidente, y le sirve para interpretar a su luz el texto de *2Cor* 6,10²⁶. En *2Cor* 1-10, el Apóstol expresa las paradojas de los ministros de Dios que, por su comportamiento bueno en medio del mundo, paciente en las tribulaciones, acreditan su pertenencia a Dios; en concreto, describe cómo viven con una riqueza interior que escapa a los ojos del mundo. Se presentan como quienes nada tienen, poseyéndolo todo. Pablo habla de un contraste entre la impresión de la gente y la realidad interior de estos; sin embargo, Juan de la Cruz lo aplica a la experiencia de vida del pobre de espíritu, a la libertad y al señorío que tiene respecto de todo adquiridos por la renuncia a las cosas particulares.

El texto sanjuanista presenta un fruto o premio de la pobreza de espíritu que podrá ser mayor o menor según sea el grado de esta virtud («tal [...] se debe a tal [...]»), que aparece aquí como grado elevadísimo, considerándolo perfecto. Se refiere a ese fruto —a la experiencia que presenta Pablo— con el nombre de «bienaventuranza»; pero no en el sentido de la gloria en la vida eterna, sino de dicha experimentada ya en esta vida temporal, y lo vincula a una virtud, la «pobreza de espíritu», entendida de una manera más próxima a como nosotros la entendemos, pues incluiría aquí el desapego tanto hacia lo espiritual como también hacia lo material.

El autor prefiere no citar *Mt* 5,3 para quedar en mayor libertad de utilizar estos términos con una acepción semántica más amplia y general que en los otros textos donde sí cita expresamente el versículo; así como para presentar el premio de tal pobreza en la vida temporal y no en la vida eterna, a diferencia de lo que hace la primera de las bienaventuranzas mateanas al referirse al reino de los cielos.

²⁶ También Joseph Ratzinger relacionará *2Cor* 6,8-10 con las bienaventuranzas evangélicas, particularmente con las de *Lc* 6,20-23: J. RATZINGER-BENEDICTO XVI, *Jesús de Nazaret*, 99-101.

El sentido ascético y preparatorio de la pobreza de espíritu

Procuren ellos [los maestros espirituales] desembarazar el alma y ponerla en soledad y ociosidad, [...] de manera que esté vacía en negación pura de toda criatura, puesta en pobreza espiritual, que esto es lo que el alma ha de hacer de su parte, como lo aconseja el Hijo de Dios (*Lc 14,33*), [...]. Lo cual [la renuncia de todas las cosas] se entiende no sólo de la renunciación de las cosas temporales según la voluntad, mas también del desapropio de las espirituales, en que se incluye la pobreza espiritual, en que pone el Hijo de Dios la bienaventuranza (*Mt 5,3*).

Y vacando de esta manera el alma a todas las cosas, llegando a estar vacía y desapropiada acerca de ellas, que es [...] lo que puede hacer el alma de su parte es imposible, que deje Dios de hacer lo que es de la suya en comunicársele, a lo menos secretamente²⁷.

Estos dos párrafos se encuentran en *Llama de amor viva*, pero dentro del llamado *tratadillo sobre la dirección espiritual*, por lo que se entiende que el autor vuelva sobre el tema de la tarea activa de la renuncia de las criaturas en una obra donde trata de la cumbre de la vida espiritual. El texto sintetiza magníficamente toda la labor activa con la que el alma se dispone con provecho para la unión con Dios y presenta dos acepciones distintas de *pobreza espiritual*. En la primera frase, parece identificar la pobreza espiritual con toda la purgación activa de renuncia que le compete hacer al alma, definiéndola como «negación pura de toda criatura», en aquel mismo sentido amplio de 2N 8,5; si bien, cabría también entender los dos sintagmas no necesariamente como identificación sino como escalones progresivos. En la segunda frase del primer párrafo, sin embargo, recupera claramente la acepción estricta de 3S 29,3, al circunscribir la pobreza espiritual de *Mt 5,3* a un tipo de pobreza incluido dentro del desapropio de las cosas espirituales y que aquí no especifica más, pero que sería al que se referiría en sentido propio la bienaventuranza de Mateo, es decir, al desapropio de las propias obras buenas y virtudes.

Para san Juan de la Cruz, la pobreza de espíritu de la primera bienaventuranza se refiere específicamente al vaciamiento del aprecio por los propios méritos morales, a una humildad moral radical, que, por ello, siendo la más perfecta pobreza, obtiene la bienaventuranza del cielo. Hasta que la pobreza no llegue a este grado, no se alcanzará a recibir la bienaventuranza. No

²⁷ LIB 3,46.

obstante, este autor no descarta una acepción amplia del concepto de pobreza espiritual para referirse al desapego de las criaturas, tanto temporales como espirituales, cuyo grado de perfección dependerá de la intensidad del desapego y de las criaturas a las que se extienda.

En este texto, el santo recalca el origen de la bienaventuranza en Cristo, con el solemne título de Hijo de Dios, a la manera de otras citaciones suyas de *Mt 5* que hemos visto. Esto, tanto porque es Jesús quien la pronuncia, como porque es quien la realiza o dona («pone»), comprometiéndose con la promesa hecha. Jesús es Palabra veraz y eficaz del Padre.

A continuación, este pasaje sanjuanista nos declara la relación entre las dimensiones activa y pasiva de la vida espiritual: como todo lo que el hombre puede hacer en su camino a Dios se reduce a disponerse, todo su vaciamiento activo es un abrirse a la acción de Dios en él, y Dios, que es fiel y es quien más busca la unión²⁸, no deja de actuar comunicándose. El concepto de pobreza de espíritu está por tanto encuadrado principalmente en la purgación ascética o activa y su sentido es preparatorio para disponerse a la acción purificadora y mística de Dios.

Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia. La purgación pasiva del espíritu

El hambre divinizadora

No comer en pastos vedados, que son los de esta vida presente, porque *bienaventurados son los que han hambre y sed de justicia, porque ellos serán hartos* (*Mt 5,6*). Lo que pretende Dios es hacernos dioses por participación, siéndolo él por naturaleza, como el fuego convierte todas las cosas en fuego.²⁹

Este breve texto de los *Avisos espirituales* contiene la única cita de *Mt 5* en los escritos menores y la única cita de *Mt 5,6* en todo el corpus sanjuanista. No tenemos certeza de que sea composición original de san Juan de la Cruz; puede haber sido obra de algún discípulo o intérprete a partir de expresiones de las obras del santo³⁰. De cualquier forma, corresponde perfectamente a su pensamiento.

²⁸ Cf. LIB 3,28.

²⁹ SAN JUAN DE LA CRUZ, *Avisos espirituales, Puntos de amor reunidos en Beas* 106/27.

³⁰ Cf. E. PACHO, en SAN JUAN DE LA CRUZ, *Obras completas*, 104 (nota 3).

El tema del hambre de Dios es central en el itinerario espiritual sanjuanista. Este texto sintetiza muy bien lo esencial de la doctrina del místico: desapegarse de todo lo temporal —la pobreza activa y ascética de «no comer en pastos vedados»— porque el apetito a las criaturas y el hambre de Dios serían incompatibles, de forma que, negado tal apetito, crecerá esa hambre y sed dolorosa al menos en su primera expresión, que conduce a la bienaventuranza de «hacernos dioses por participación» mediante la purificación pasiva y mística del «fuego» divino en la noche oscura. Se evidencia así aquí el rol mediador, en el pensamiento del santo, de la cuarta bienaventuranza (*Mt* 5,6), que contiene ya experiencia de purgación pasiva, entre la primera (*Mt* 5,3) y la sexta (*Mt* 5,8) bienaventuranzas.

Bienaventurados los limpios de corazón. La fecundidad de la purgación pasiva

La purificación obrada por el amor

San Juan de la Cruz hace un símil entre la purificación de las almas en el purgatorio por medio del fuego y la purgación pasiva del espíritu en la noche oscura por medio del amor: «ésta es la diferencia: que allá se limpian con fuego, y acá se limpian e iluminan sólo con amor»³¹. Tras interpretar el *Sal* 50,12 como petición de amor purificador, concluye:

Porque la limpieza de corazón no es menos que el amor y gracia de Dios; porque *los limpios de corazón* son llamados por nuestro Salvador *bienaventurados* (*Mt* 5,8), lo cual es tanto como decir “enamorados”, pues que la bienaventuranza no se da por menos que amor³².

Estamos ante un texto fundamental de este doctor de la Iglesia. Se encuentra en *Noche oscura*, obra dedicada a la dimensión pasiva de la purificación, en la parte que trata sobre la noche oscura del espíritu. Habla de la acción purificadora de Dios en nuestra alma, declarando que es una acción de amor: Dios nos purifica amándonos e inflamándonos en amor de correspondencia. Se menciona expresamente a Cristo como autor de la bienaventuranza y, esta vez, en *Mt* 5,8, en cuanto Salvador.

La simultaneidad e identificación entre la limpieza y el amor es importante: el amor purifica identificándonos consigo, como el fuego, y en este sentido el amor no está condicionado a la pureza, sino que es siempre po-

³¹ 2N 12,1.

³² 2N 12,1.

sible (es amor divino) y es precisamente él el que produce tal pureza; no es pues esta limpieza un requisito antecedente para abrir paso posterior al amor, por más que la pobreza o purgación activa predisponga a acogerlo más plena y rápidamente y que el vaciamiento sea sí requisito necesario para la perfección de la unión. La unión solo será perfecta con la pureza alcanzada por la acción pasiva de Dios Amor, que completa y perfecciona el vaciamiento procurado con la pobreza activa, pues solo dicha pureza permitirá que la unión sea total; pero la unión perfecta es, en definitiva, el resultado de un proceso amoroso desde el inicio y por tanto siempre unitivo, aun cuando la unión tenga efecto purgativo, iluminativo e identificativo. Para nuestro santo, el alma limpia de corazón es el alma que ama ya con toda su capacidad, que es toda y nada más que amor, amor de Dios participado, que ha alcanzado la igualdad de amor con Dios, que es «Dios por participación»³³.

La «bienaventuranza» que se menciona al final del texto es ciertamente la beatitud celestial, la cual, se dice aquí, «no se da por menos que amor»; lo cual nos recuerda que: «A la tarde te examinarán en el amor; aprende a amar como Dios quiere ser amado y deja tu condición»³⁴. De manera que los «bienaventurados» son propiamente los santos del cielo, los que alcanzaron la perfecta unión con Dios. De hecho, la promesa ligada a esta bienaventuranza es la visión de Dios, visión beatífica que se realizará en la vida eterna. Pero precisamente por ello, la pureza de corazón representa una prenda de salvación eterna porque es ya unión perfecta en cuanto se puede en esta tierra, mereciendo ya aquí los puros la calificación de bienaventurados.

Hermosa y elocuentemente, el santo hace sinónimos tres conceptos: «limpios de corazón», «bienaventurados» y «enamorado». Las bienaventuranzas son cuestión de amor; expresan el modo de vivir de quienes están poseídos por el amor de Dios: en-amorados. Todas ellas describen ya la vida de perfección en la tierra, apuntando, con sus promesas en futuro, la espera propia de la vida temporal hasta el pleno cumplimiento en la eterna. Al mismo tiempo, mediante los contenidos de cada una, dibujan un camino de ascenso. En tal camino, la cita que nos ocupa, refiriéndose a la purgación pasiva del espíritu, nos posibilita considerar a estos limpios de

³³ 2N 20,5.

³⁴ SAN JUAN DE LA CRUZ, *Dichos de luz y amor*, 60.

corazón como estadio de perfección de aquellos pobres de espíritu que el autor nos presentó en la purgación activa de *Subida*; por más que, para el autor, *corazón* y *espíritu* en estas dos bienaventuranzas no sean sinónimos, mientras que para nosotros sí lo son ambos de interioridad. Los limpios de corazón están llenos de amor porque se han purgado activa y pasivamente por el amor, vaciándose de todo afecto ajeno a ese mismo amor: han dejado su condición y aman a Dios como quiere ser amado, aman tal como Dios ama, con su amor.

La divinización del alma

El décimo y último grado de esta escala secreta de amor hace el alma asimilarse totalmente a Dios, por razón de la clara visión de Dios que luego posee inmediatamente el alma, que, habiendo llegado en esta vida al nono grado, sale de la carne. Porque estos, pocos que son, por cuanto ya por el amor están purgadísimos, no entran en el purgatorio. De donde san Mateo (5,8), dice: *Beati mundo corde, quoniam ipsi Deum videbunt*, etc. Y, como decimos, esta visión es la causa de la similitud total del alma con Dios, porque así lo dice san Juan (1Jn 3,2), diciendo: *Sabemos que seremos semejantes a él*, no porque el alma se hará tan capaz como Dios, porque eso es imposible, sino porque todo lo que ella es se hará semejante a Dios; por lo cual se llamará, y lo será, Dios por participación³⁵.

Este texto es muy representativo de cómo entiende san Juan de la Cruz que el alma llegue a ser Dios por participación. Estamos en la parte de *Noche* dedicada a la noche pasiva del espíritu y en un capítulo que presenta los cinco grados más elevados de amor divino³⁶. El texto habla de la cumbre de la vida espiritual, de la plenitud del amor y unión con Dios que el hombre puede alcanzar: la visión beatífica después de la muerte.

En este sentido, el autor se sirve de *Mt* 5,8 para demostrar que los perfectos, unidos a Dios con ardor suave y deleitoso, cuando mueran, accederán directamente a la visión beatífica sin pasar por el purgatorio por estar ya purgadísimos en vida por el amor. Sitúa por lo tanto esta bienaventuranza en lo más alto de la perfección de la vida cristiana, en la meta del camino, y la aplica a los santos que, habiendo obtenido en la vida temporal la

³⁵ 2N 20,5.

³⁶ Están tomados del opúsculo *De decem gradibus amoris secundum Bernardum* del dominico Elvico Teutónico, aunque por error se atribuyen aquí a san Bernardo y santo Tomás de Aquino: cf. E. PACHO, en SAN JUAN DE LA CRUZ, *Obras completas*, 660 (nota 2), y S. CASTRO, *Hacia Dios con San Juan de la Cruz*, 82.

limpieza superlativa del amor, en cuanto es posible en esta vida, al morir se asimilarán totalmente a Dios por la visión beatífica. Continúa identificando la limpieza del corazón con el amor en su máximo grado; siendo una limpieza tan perfecta que requiere necesariamente de la purificación pasiva. Incluso hacer ver que la limpieza se perfeccionará ulteriormente en la visión beatífica puesto que esta visión es la causa de la semejanza del alma con Dios; podemos decir que tal visión purificaría e iluminaría al alma beata al modo que lo haría a los ángeles y en el orden correspondiente, conforme a lo explicado en 2N 12,3-4, siguiendo en esto las ideas del Pseudo-Dionisio Aeropagita³⁷.

La *dichosa ventura* en el núcleo de la doctrina sanjuanista

Podríamos condensar el núcleo de la doctrina de san Juan de la Cruz en este macarismo: *¡Dichosa ventura es la noche oscura porque conduce a la unión transformante de amor con Dios!*³⁸ Contiene los tres elementos que conforman todas las bienaventuranzas³⁹: una bendición o *aseveración* de felicidad (dichosa ventura – bienaventurados), una *situación* que no es feliz desde la lógica terrena (noche oscura – pobreza, mansedumbre, aflicción, hambre, misericordia, limpieza, siembra de paz, persecución, padecimiento de hostilidad ajena) y un *motivo* que es promesa de un don plenificante que habrá de recibirse pasivamente⁴⁰ (unión transformante – reino de los cielos, posesión de la tierra, consuelo, satisfacción, misericordia, visión divina, reconocimiento ajeno de la propia filiación divina, reino de los cielos, suerte de los profetas).

³⁷ Se trata de la teoría de la iluminación divina jerarquizada de las criaturas espirituales, cf. E. PACHO en SAN JUAN DE LA CRUZ, *Obras completas*, 633 (nota 2).

³⁸ Puede suscitar algún recelo el «es» identificativo entre la dicha y la noche; sin embargo, san Juan de la Cruz no duda en hablar de «la noche dichosa». La unión se produce todavía en la noche de la fe y la noche, desde esta unión, cambiará radicalmente de significado, dejando de ser «penosa», «áspera y adversa» para ser «amable»; aunque seguirá siendo oscura por la fe, conservando un necesario halo oscuro en esta vida hasta la visión beatífica.

³⁹ FRANCISCO, Catequesis en Audiencia general (29 de enero de 2020): «Cada bienaventuranza está compuesta de tres partes. Primero está siempre la palabra “bienaventurados”; luego viene la situación en la que se encuentran los bienaventurados: la pobreza de espíritu, la aflicción, el hambre y la sed de justicia, y así sucesivamente; finalmente está el motivo de la bienaventuranza, introducido por la conjunción “porque”».

⁴⁰ FRANCISCO, Catequesis en Audiencia general (29 de enero de 2020): «la razón de la dicha no es la situación actual, sino la nueva condición que los bienaventurados reciben como regalo de Dios».

Toda la enseñanza sanjuanista representa así una gran bienaventuranza. La *dichosa ventura* sanjuanista —tan semejante a la *bien-aventuranza* evangélica— es expresión de felicidad por una experiencia de liberación y de comunión que anticipa *un no sé qué* de la gloria celestial⁴¹. Se trata, como las bienaventuranzas mateanas, de la comunicación de una experiencia pascual⁴², eminentemente cristológica y salvífica, que encierra un dinamismo espiritual⁴³ y que se vive mediante las virtudes teologales, pues son el medio para unirnos a Dios en esta vida.

La *noche* consiente salir libremente, sin lastre alguno, del propio egoísmo y sus residuos —y de la mentira que conlleva sobre las criaturas, sobre uno mismo y sobre Dios—; lanzarse mediante el amor en la fe con esperanza hacia Cristo sin que nada ni nadie pueda estorbarlo, y alcanzarlo, entrar en su misterio y por Él acceder a la comunión trinitaria, que nos da la anhelada igualdad de amor con Dios, por la que podemos corresponderle como Él merece y nosotros deseamos. El traspaso del velo de la muerte física por ulterior estrechamiento de amor con Dios⁴⁴ permitirá superar la distancia que la condición humana natural aún separa de la perfección de la unión. La experiencia sanjuanista conserva el carácter de apuesta de fe propio de las bienaventuranzas, en cuanto que la dicha, felicidad o plenitud anhelada se alcanza en la noche con la comunión con Dios en Cristo, pero como prenda de plenitud futura que se perfeccionará en la eternidad⁴⁵.

Esto lleva a nuestro místico a leer las bienaventuranzas de *Mt 5* desde su significado para la relación personal con Dios, como expresiones de la ex-

⁴¹ Cf. 1N 11,3-4; 2N 1,2; 2N 22,1; 1S 1,1 y 4; 1S 15,1-2; 2S 1,1; 2N 9,8; 1S 15,1-2; 2N 14,3, y poesía *Por toda la hermosura*.

⁴² FRANCISCO, Catequesis en Audiencia general (29 de enero de 2020): «Dios, para entregarse a nosotros, elige a menudo caminos impensables, tal vez los de nuestros límites, los de nuestras lágrimas, los de nuestras derrotas. Es la alegría pascual».

⁴³ FRANCISCO, Catequesis en Audiencia general (29 de enero de 2020): Las bienaventuranzas «son camino para alcanzar la alegría». El dinamismo es interpretable como *camino*.

⁴⁴ En san Juan de la Cruz, la muerte del alma en matrimonio espiritual es siempre muerte de amor: cf. LIB 1,30.

⁴⁵ Toda bienaventuranza es «apuesta» «válida de cara al futuro» (*venturus*), pues «una felicidad sin futuro deja de serlo»; convertir la felicidad en obligación aquí nos haría caer «en la frustración»: A.M. CHÉRCOLES, S.J., *Las Bienaventuranzas, corazón del Evangelio*, Mensajero, Bilbao 2014², 14-15. En *Cántico*, san Juan de la Cruz se aventura a adelantarnos algunos trazos de la plenitud de la beatitud celestial: cf. CB 38-39. Enfatiza «el significado de la gloria esencial» y presenta la aspiración del alma en la comunión trinitaria como «razón última de la “igualdad de amor”»: E. PACHO, *Cántico Espiritual*, 179-180.

perencia teologal de liberación y comunión a través de las oscuridades de la vida cristiana en el mundo⁴⁶. La liberación consiste, primero, en liberarse de la cautividad de las pasiones y apetitos sensitivos y, después, en desnudar el espíritu de todas las imperfecciones espirituales, mediante las respectivas purificaciones pasivas (la *noche del sentido* y la *noche del espíritu*) que, por la sola acción de Dios, completan y perfeccionan esa purgación del alma que la misma persona, movida por el amor y auxiliada por la gracia, habría venido procurando mediante el ejercicio activo del desapego o negación de las afecciones sucesivamente sensitivas y espirituales a las criaturas. Este ejercicio le habrá dispuesto en alguna medida a recibir las purificaciones pasivas por las que Dios, uniéndola a sí y enriqueciéndola con la posesión de Él mismo en penetración de toda ella, comunicándosele e igualándola consigo, hace que la comunión con Él lo sea todo en ella⁴⁷.

... porque se unirán a Dios

Para este doctor de la Iglesia, las bienaventuranzas son actitudes virtuosas del alma enamorada dentro de un dinamismo purificador y pascual en el que convergen la acción de Dios y la acción del hombre, lo pasivo y lo activo. Son la *buena noticia* de las actitudes virtuosas mediante las cuales podemos configurarnos con Cristo y entrar en sinergia con la acción del Espíritu Santo —don de Jesucristo— en nosotros y alcanzar el *reino de los cielos* en esta vida para gloria de Dios Padre y bien nuestro y de nuestro prójimo.

El genitivo *de espíritu* en los pobres de *Mt* 5,3 le lleva a leer las bienaventuranzas en el horizonte que abre la noche oscura del espíritu, presuponiendo por tanto la del sentido. Con la primera bienaventuranza, nos recuerda la dimensión activa de la ascesis por la cual nos predisponemos a la unión con Dios, nos anima al desapego de los bienes espirituales, presuponiendo también los demás, para buscar solo a Dios. Con la cuarta bienaventuranza (*Mt* 5,6), nos remite a la solicitud de Dios que anima la ascesis activa, pero que sobre todo sostiene y mueve al cristiano en su paso por la purgación pasiva de la noche del espíritu. Con la sexta bienaventuranza (*Mt* 5,8), nos

⁴⁶ Esto no ha de conducir en modo alguno a desencarnar las bienaventuranzas, que han de entenderse siempre a la luz de la encarnación del Verbo: cf. A.M. CHÉRCOLES, S.J., *Las Bienaventuranzas*, 21-23.

⁴⁷ Menciono primero las purificaciones pasivas a propósito, por ser las decisivas, no obstante que en principio la purgación activa del alma las preceda y acompañe en el tiempo.

presenta la dimensión pasiva de la noche del espíritu en su fruto de pureza en el alma, la cual permite la unión con Dios en el matrimonio espiritual con el Hijo con la fecundidad que conlleva. Las tres bienaventuranzas son comprendidas, por tanto, en estrecha vinculación y colocadas en el horizonte de la relación de la persona con Dios como tres estadios o facetas del dinamismo por el que el alma sale de sí misma y las cosas y se une a Dios en Cristo: desapegarse de las criaturas (*pobreza*), buscar a Dios solo con amor inquieto y desconsolado (*hambre*), encontrar a Dios que se complace en unirnos a Él en matrimonio espiritual (*pureza*).

En cuanto doctor de las virtudes teologales, este santo nos ayuda a ver cómo las bienaventuranzas están penetradas por ellas. Bienaventurados los que creen, esperan y aman porque están unidos a Dios. Estas tres virtudes están presentes en cada bienaventuranza que él cita. Son inseparables⁴⁸. La fe⁴⁹ pide desprenderse de los afectos a las criaturas, se purifica en la soledad de ellas y nos alcanza la unión con Dios en esta tierra. La esperanza⁵⁰ infunde gozo en la ascesis, permite caminar hacia Dios en la seca oscuridad y nos inflama en la unión con Dios con el deseo del abrazo eterno. El amor⁵¹ a Cristo es el único motor que nos desprende el corazón de las criaturas, es acrisolado en gratuidad durante la noche oscura, es maduro, pleno y transformante en la unión con Dios, hasta el punto de que bienaventurado significa enamorado, pues solo el amor alcanza la bienaventuranza. «La caridad es la que enlaza perfectamente la existencia terrena y la bienaventuranza»⁵². Para nuestro santo, estas virtudes son Dios mismo dado a nosotros, puesto a nuestro alcance ya en esta vida.

⁴⁸ Cf. M. HERRÁIZ GARCÍA, *Un camino de experiencia*, Monte Carmelo, Burgos 2001, 156-157 (cf. 2S 24,8).

⁴⁹ Cf. S. CASTRO, *Hacia Dios con San Juan de la Cruz*, 58: La fe es «Dios mismo, hecho sabiduría accesible para la pequeña inteligencia del hombre, a la que diviniza y abre a nuevas posibilidades de inteligibilidad y comprensión».

⁵⁰ E. PACHO, «Esperanza teologal», en *Diccionario de San Juan de la Cruz*, a cargo de E. PACHO, Monte Carmelo, Burgos 2009, 409: «Es Dios mismo quien suscita en el hombre la tendencia activa y el deseo ardiente de tender a él, como la propia bienaventuranza».

⁵¹ M. NORBERT UBARRI, *Para venir a saberlo todo*, Fonte, Burgos 2019, 81: «La vida espiritual en clave sanjuanista es un camino de amor». La *Carta 26* ilumina los contrastes de las bienaventuranzas, que nos exigen comportamientos contrarios a la lógica del mundo actuados en fe, esperanza y caridad: «Y adonde no hay amor, ponga amor, y sacará amor». Cada bienaventuranza manifiesta una ausencia de amor, reclama poner actos de amor y promete un premio de amor.

⁵² A. ÁLVAREZ-SUÁREZ, «Caridad teologal», en *Diccionario de San Juan de la Cruz*, a cargo de E. PACHO, 221.

El carácter cristológico de las bienaventuranzas es enfatizado por san Juan de la Cruz, viendo en Cristo al modelo de la práctica de sus exigencias; pero sobre todo al garante de su fecundidad, en cuanto que es él quien las proclama, las bendice y las premia como Hijo de Dios Salvador. Siendo el premio él mismo⁵³, la unión con Dios en él.

⁵³ Cf. 2S 22,5.